

**“NAVEGA MAR ADENTRO Y ECHEN LAS REDES”
(LC 5,4).
EN DIÁLOGO CON SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS¹**

“En una oportunidad, la multitud se amontonaba alrededor de Jesús para escuchar la Palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. Desde allí vio dos barcas junto a la orilla del lago; los pescadores habían bajado y estaban limpiando las redes. Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla; después se sentó, y enseñaba a la multitud desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: «Navega mar adentro y echen las redes para la pesca». Simón le respondió: «Jefe, esforzándonos toda la noche no hemos sacado nada, pero en tu palabra echaré las redes». Así lo hicieron, y atraparon tal cantidad de peces, que las redes estaban a punto de romperse. Entonces hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús y le dijo: «Aléjate de mí, porque soy un pecador, Señor». El temor se había apoderado de él y de los que lo acompañaban, por la cantidad de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: «No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres». Ellos atracaron las barcas a la orilla y, abandonándolo todo, lo siguieron.” (Lc 5,1-11).

1. Palabras dirigidas a los graduados, en la Colación de Grados de la Facultad de Teología (01-10-04).

Hasta aquí la escena del evangelio de Jesús. Ahora, el testimonio de Teresita, la joven carmelita, santa doctora que hoy su Iglesia celebra. Luego de recordar las muchas luces que recibió de los textos de San Juan de la Cruz, nota que hace tiempo todos los libros espirituales la dejan en la aridez; y confiesa:

“En medio de esta mi impotencia, la Sagrada Escritura y la Imitación de Cristo vienen en mi ayuda. En ellas encuentro un alimento sólido y completamente *puro*. Pero lo que me sustenta durante la oración, por encima de todo, es el *Evangelio*. En él encuentro todo lo que necesita mi pobre alma. En él descubro de continuo nuevas luces y sentidos ocultos y misteriosos...” (Ms A 83 v).

Volvamos, entonces, al Evangelio. El lago, la orilla, las barcas... La muchedumbre amontonándose para escuchar *de Jesús* la Palabra de Dios. Los pescadores limpiando las redes. *Jesús*, de pie, *ve*. Todo comienza con su mirada. Libre con las cosas y confiado con las personas, *sube* a la barca y *pide* a Simón. Como necesitado; ¿no se lo siente acaso más cercano? Su mirada une, su pedido convoca. La generosidad del pescador puede más que el cansancio, y *desde la barca de Simón*, *Jesús* enseña a la multitud.

Cuando todo parece concluido, viene la palabra de Jesús para Simón y los pescadores. Una doble orden los incluye: *¡Navega mar adentro –apártate hacia lo profundo (eis to bathos)– y echen las redes para la pesca!* En nombre de todos, Simón afronta el desafío. Respetuosamente expone con realismo *el fracaso total* del trabajo en común: *toda la noche... esforzándonos... nada*. Pero por encima de la humillación se arriesga a confiar y obedece: *en tu palabra...* Haciendo lo que saben, *casi naturalmente*, la pesca sobreabunda, *el don* los colma.

Escribe Teresita a su hermana saludándola por sus 25 años:

“Celina querida, dale gracias a Jesús. El te *colma* de sus gracias de elección. Si eres siempre fiel en agradecerle en las cosas pequeñas, él se verá *obligado* a ayudarte en las grandes...”

Los apóstoles, sin Nuestro Señor, trabajaron toda la noche y no recogieron ni un solo pez; pero su trabajo era grato a Jesús. El quería demostrarles que sólo él puede darnos algo. Quería que los apóstoles se *humillasen*... «Muchachos –les dice– ¿tienen algo que comer?». «Señor –respondió San Pedro– nos hemos pasado toda la noche bregando y no hemos recogido nada». Tal vez si hubiesen recogido algunos *pececillos*, Jesús no hubiese hecho el milagro; pero no tenía nada; por eso Jesús le llenó enseguida la red, de suerte que casi se rompía. Así es Jesús: da como Dios, pero exige la *humildad* del corazón...” (Carta 161 a Celina, 26 de abril de 1894).

Nadie puede solo con el don de Dios. Los pescadores son ahora socios, compañeros (*metojoí*): *hacen señas para pedir ayuda*, se entienden, acuden, llenan las barcas. Como las redes casi se rompen, las barcas casi se hunden: el don divino hasta el límite de la capacidad humana... por el momento.

Entonces, recién ahora, *Simón* (que es por primera vez *Pedro*) *ve* y también él *pide*. Percibe el poder de Dios que obra en Jesús y, sobrecogido por el temor y temblor ancestral ante lo numinoso, sabe, siente que hay que establecer distancia, separar los ámbitos, pues la irrupción de lo santo aniquilaría todo lo profano. Con un nuevo *realismo*, el más profundo, el de mar adentro, el de la fe, Simón se postra ante Jesús, lo reconoce como *Señor* y se reconoce como *hombre pecador*. Son las dos caras de la misma gracia, la revelación de la verdad. Pero el corazón de Pedro –como el de sus compañeros (*koinonoi*)– necesita aún más: su mirada todavía no puede unir, su pedido no puede superar el abismo, en lo profundo, aún con las barcas llenas...

La Palabra soberana de Jesús, desde el fondo de la historia de Israel donde resuena la voz de Dios por sus enviados, vence el abismo y anticipa la victoria pascual para su Iglesia: *¡No temas! (¡Deja de temer!)* es la orden que abre con su potencia un mundo nuevo *de ahora en adelante*. *Serás pescador de hombres* es la promesa que ya comienza a vivirse.

El resto es mera consecuencia, expresión *en la orilla* de lo ocurrido *en lo profundo*. El grupo ya está transformado; de ahora en adelante, un verbo y una Persona los definen: *abandonándolo todo, siguen a Jesús*.

Leemos, creemos, buscamos entender... la realidad, el símbolo... ¿hay algo *más adentro* en esta misma escena? ¿hay “sentidos ocultos y misteriosos del Evangelio” a los que podamos acceder en la fe, para recibir nuevas luces...? Hemos de volver a nuestra santa y querida doctora, la pequeña Teresa, que ha recogido esta escena para ilustrar un momento culminante de su vida, la *gracia de Navidad*:

“Fue el 25 de diciembre de 1886 cuando recibí la gracia de salir de la niñez; en una palabra, la gracia de mi total conversión... [...] ¡Teresita había vuelto a encontrar la fortaleza de ánimo que había perdido a los cuatro años y medio [muerte de su madre], y la conservaría ya para siempre...!

Aquella noche de *luz* comenzó el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más lleno de gracias del cielo...

La obra que yo no había podido realizar en diez años Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi *buen voluntad*, que nunca me había faltado.

Yo podía decirle, igual que los apóstoles: «Señor, me he pasado la noche bregando, y no he recogido nada». Y más misericordioso todavía conmigo que con los apóstoles, Jesús *mismo tomó* la red, la echó y la sacó repleta de peces... Hizo de mí un pescador de *almas*, y sentí un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores, deseo que no había sentido antes con tanta intensidad... Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz...!» (Ms. A 45 r-v)

Como todos los santos, Teresa *ve más adentro* en la vida y en el Evangelio. Nos dice, con libertad y certeza, que *Jesús navegó mar adentro* y allí mostró su *misericordia* que transforma los corazones, haciendo entrar en ellos *la caridad* divina, para que ellos se olviden de sí mismos y se encuentren felices en el trabajo y la entrega a los demás.

Ella lo ha vivido como su vocación más propia, ella lo ha comprendido, ella lo ha enseñado y ofrecido a todos en su "caminito": infinita confianza de hijos en el amor misericordioso de Dios, nuestro Padre, manifestado en Jesús, el Señor. Es un *carisma particular de sabiduría evangélica* (Juan Pablo II, Carta *Divini amoris scientia*); es "la ciencia del amor". Por última vez escuchémosla a ella, escribiendo a sor María del Sagrado Corazón en 1896:

"No creas que estoy nadando entre consuelos. No, mi consuelo es no tenerlo en la tierra. Jesús me instruye en secreto, sin mostrarse, sin hacerme oír su voz; no lo hace sirviéndose de libros, pues no entiendo lo que leo. Pero a veces viene a consolarme una frase como la que he encontrado al final de la oración (después de haber aguantado en el silencio y en la sequedad): *Este es el maestro que te doy, él te enseñará todo lo que debes hacer. Quiero hacerte leer en el libro de la vida, donde está contenida la ciencia del amor*".

¡La ciencia del amor! ¡Sí, estas palabras resuenan dulcemente en los oídos de mi alma! No deseo otra ciencia. Después de haber dado por ella todas mis riquezas, me parece, como a la esposa del Cantar de los Cantares, que no he dado nada todavía... Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono". (Ms B 1 r)

Si, como enseña San Pablo, la fe "viene de lo oído" (Rom 10,17) y "obra por el amor" (Gal 5,6), la teología *-fe que busca y sabe entender-* ha de inscribirse en este mismo dinamismo. No es otro el camino que la escena del Evangelio y el testimonio de santa Teresa del Niño Jesús nos señalan y proponen.

Jesús nos mira también a nosotros; reconociéndonos en medio de una multitud sedienta de palabras de Verdad y de Vida, o en medio del cansancio de una vida tantas veces rutinaria. Cuenta con nuestra generosidad: todavía tenemos de lo nuestro algo para darle, para que el camino del amor pueda seguir, incorporándonos. Más fuerte aún, a cada uno, su Palabra nos interpeló: no basta una *teología de orilla o de superficie, genérica, insignificante*. Ir mar adentro es reconocer con dolor el fracaso común, mío, nuestro, de tantos proyectos, la vanidad de tantas ilusiones, la esterilidad y el daño final de tanta mentira; es también tener la *humildad* para *volver a confiar*, y repetir el intento sólo por obediencia a su palabra. Más que los apóstoles entonces, nosotros sabemos ahora que el único límite a la potencia del amor de Dios es la desconfianza del corazón humano, herido y resistiendo a la única ternura que lo salva, la del corazón de Jesús, Dios hecho hombre.

En lo profundo el don de Dios desborda y vemos asombrados que hemos aprendido a hacer señas para pedir ayuda y a reconocer las que nos hacen; que quizá de tanta pérdida estemos aprendiendo a necesitarnos, ayudarnos y ¿por qué no? a querernos más... al cabo también pescadores fracasados, desbordantes, compañeros, embarcados en la misma comunión...

En lo profundo comenzamos a ver y a pedir de verdad; acaban las explicaciones y justificaciones meramente humanas y, junto con el miedo, se dona la verdad: Cristo el Señor, y los pobres humanos, pecadores, colmados de su don. Un don que se *soporta*, que se *padece*, que deshace y rehace a un tiempo, un don pascual. Es éste un tiempo de fortaleza mística, para resistirlo primero, juntos, y compartirlo después, juntos también en el servicio.

A cada uno, a la Iglesia entera, a todos los que se animen a ir más adentro, Jesús nos renueva en el fuego de su palabra: *¡Dejen de temer!* y cumple su promesa recreando a cada persona por su misericordia y infundiéndole su caridad.

Esto es lo que creemos, esto es lo que vivimos. Entenderlo es la teología, nacida en la fuente del Evangelio y alimentada también en la "ciencia del amor" de los santos.

Es demasiado lo que está en juego para que nos quedemos en la orilla. El Señor y los hermanos nos necesitan. Queridos profesores y profesoras, bachilleres, licenciados, licenciadas y doctores; a cada uno y a todos: *¡Navega mar adentro, y echen las redes!*

GERARDO SÖDING

01/10/04